





# UNA NOCHE DE PERROS EN EL SANBORNS

La historia que leerán es verídica, intensa, triste. Como en la reconocida película *Tarde de Perros*, protagonizada por Al Pacino, se narra el caso real de un pequeño grupo de delincuentes inexpertos, de poca monta que deciden cometer un asalto. La noche del 29 de octubre de este 2008 una pandilla de ladrones improvisados intentó un robo inédito en la historia de la ciudad de México. Entraron al Sanborns de Buenavista, al norte del DF, y tomaron 23 rehenes, se enfrentaron a la policía... y tuvieron un final que pocos, muy pocos podrían esperar.

Por Humberto Padgett  
[padgett@m-x.com.mx](mailto:padgett@m-x.com.mx)



Esta noche, la del 29 de octubre de 2008, Enrique ya sabe lo que es tener al destino en su contra.

En su mano, una Pietro Baretta nueve milímetros es la única llave para salir de la trampa que él mismo había tejido.

—¡Aléjate o mato a este cabrón! ¡Te juro que lo mato! —aúlla, rompe los oídos de quienes a unos metros buscan que retire el arma de la nuca de Octavio.

Jadeante y tembloroso, Enrique aprieta aún más el enorme cañón contra la cabeza de su rehén. El único que le queda. Su tabla de salvación para salir de esa “pendejada” en la que se ha metido.

Ni siquiera él sabe de dónde obtiene aún fuerzas para advertir, para amenazar:

—¡Voy a matar a este cabrón! ¡Aléjate o mato a este cabrón! —grita Enrique al único policía armado que había en el corredor. Un policía que, con la paciencia de un ajedrecista como lo es él, sólo espera el momento oportuno para actuar.

Lleva Enrique más de una hora de ir y venir por el Sanborns de Buenavista. Presiente que está solo, que, abajo, sus cuatro compañeros están ya muertos. Y planea ir a la azotea (¿Para qué? Quién sabe), escudado en Octavio, ese empleado bancario que tuvo la mala idea de meterse a comer algo la medianoche del 29 de octubre.

—¡Quítenme al francotirador! ¡Quítenlo! —grita, suponiendo que en alguna parte del Sanborns de Buenavista algún policía está a la caza de su cabeza, de su cuerpo, esperando el momento preciso para matarlo. Para terminar con esa noche de perros.

No le falta razón. Decenas de uniformados han hecho del Sanborns una ratonera sin salida, sin escape alguno.

Por eso Enrique suda, grita, amenaza con matar a Octavio, con apretar el gatillo de la nueve milímetros que en su mano se mueve temblorosamente. Por eso estira el pasamontañas negro para dejar al descubierto sólo el ojo derecho.

Pero nadie entiende por qué, de pronto, exige otra arma.

—¡Denme un arma cabrones! ¡Que me den un arma, cabrones! —ordena en medio de la locura.

Pero en ese pasillo en el que están frente a

frente sólo hay otra pistola: la del comandante Víctor Hugo Moneda, ansioso de que Enrique asome la cabeza lo suficiente, detrás de su rehén, para pegarle en media frente con la .38 Súper.

La mirada de Moneda busca el hueco propicio. Su mano, sin embargo, se mantiene pegada a la automática. Quisiera matarlo en este mismo momento. Sabe que no puede, que la vida del rehén está de por medio.

—¡¿Por qué me metí en esto?! ¡Qué pendejo soy, qué pendejo soy! —se repite Enrique con un jadeo a todo galope.

Nada interrumpe el delgado gemido de su rehén, Octavio Cepeda, como si el chillido fuera una válvula de escape y su cabeza una olla cercana al estallido.

Lo es.

—¡Tranquilo, no has matado a nadie, todavía sales de ésta, cabrón! —busca calmarlo Moneda.

De súbito, Enrique asoma medio cuerpo detrás de Octavio. Pero aún se halla demasiado cerca. La pistola de Enrique, esa maldita pistola, todavía está dirigida a esa cabeza que no deja de temblar encima del traje oscuro.

La yema del índice hormiguea sobre el gatillo. Enrique tiembla, tiembla tanto que en cualquier instante puede estallar.

—¡Mátenme, hijos de la chingada! —grita con esa voz que para entonces ya es pastosa.

—¡Nadie te va a matar, flaco! —suelta Óscar Arteaga, secretario del ministerio público convertido de repente en un hábil negociador.

—¡Me van a partir la madre, abajo me van a chingar. Yo lo sé, yo lo sé! ¡Pendejo! —se maldice Enrique.

La capucha ya está empapada con un sudor pegajoso y una comezón furiosa lo ataca. Quiere arrancársela. Piensa en rendirse, necesita dejarse caer. Correr. Morir.

No entiende cómo la noche fue quebrada por las luces rojas y negras. Tiembla. No sabe quién habló a la policía, no sabe cómo, a la una de la mañana con 40 minutos, todo se convirtió en una pesadilla.

Respira hondo. Da un paso al frente. La mano izquierda atenaza el cuello del saco de su rehén. Está a cinco metros del policía y los funcionarios del ministerio público. Éstos saben que la rendición está cerca. Tanto como la muerte.

Enrique se detiene. Por un segundo deja de apuntar al rehén y se encañona la sien derecha. Brama en la nuca de Cepeda.

—¡Voy a matarlo y luego me mato yo!

En la penumbra, el blanco de su ojo derecho destella.

# NOCHE DE PERROS EN BUENAVISTA



Enrique Mejía Bello siempre fue vendedor ambulante en el centro de la ciudad de México. Vendía pilas, carpetas para discos compactos y cintas adhesivas en dos puestos que ponía y quitaba de la calle de El Carmen, casi esquina con Justo Sierra hasta que, junto con miles de informales, fue echado de las calles por el gobierno del Distrito Federal el 12 de octubre de 2007.

Sin opción para acomodarse en alguna de las plazas en que las autoridades ubicaron a los comerciantes, Enrique, de 33 años, buscó su primer trabajo formal.

Había acordado ya con Mario, un amigo vendedor, aportar la mitad de la renta de un departamento en el Callejón del 57, a la vuelta de la Cámara de Senadores y del abandonado Teatro Fru Fru.

primaria y el kínder, pero no los ve frecuentemente. Su matrimonio ocasionó que cinco años atrás rompiera con sus dos hermanas y su único hermano varón, según cuenta una de ellas. La madre había muerto años antes de cáncer en el estómago. Con el único familiar con el que mantiene contacto es con su padre: Roberto, un hombre de sesenta y pico de años.

En las semanas que siguieron al desalojo de los vendedores ambulantes, Roberto, de hecho, se hizo cargo de los gastos de su hijo, incluida su parte de la renta del departamento del Callejón del 57. Se retrasaba en ocasiones con el pago, pero invariablemente se ponía al corriente. Pasaba poco tiempo ahí.

Hay algo más en lo que están de acuerdo sus conocidos: tiene éxito con las mujeres y es cariñoso con los niños, particularmente con la pequeña del matrimonio con el que compartía casa.



**-¡Quítenme al francotirador! ¡Quítenlo! -grita, suponiendo que en alguna parte algún policía está a la caza de su cabeza, esperando el momento preciso para matarlo. Para terminar con esa noche de perros**

El alquiler de 3 mil 200 pesos mensuales se partió a la mitad y le tocó ocupar el cuarto que divide la recámara principal de la cocina, dominada por un refrigerador que sirve de base para cinco figuras de diferentes tamaños de San Judas Tadeo, el santo de las causas difíciles.

Enrique vestía al estilo vaquero: botas de piel, pantalones de mezclilla y camisas a cuadros que llevaba bajo una chamarra negra de cuero. Le gustaba la cerveza oscura de barril y fumaba ocasionalmente. Carnívoro, consumidor voraz de milanesas y bisteces, era delgado y siempre mostraba un aspecto aseado. Tenía también un extraño hábito entre los ambulantes: leer con fruición periódicos, novelas e historia de México. Ha dejado inconcluso algún libro de Carlos Fuentes.

De piel morena, estilaba usar una barba cerrada en forma de candado. Se peinaba el cabello negro de lado después de colocarse los lentes de contacto.

Enrique es divorciado y tiene dos hijos pequeños, niño y niña, inscritos en el primer año de

“Es seguro de sí mismo. Es tranquilo, cuida a la gente que quiere. Es atento y respetuoso. El no era un asaltante. Tal vez se desesperó, la culpa la tiene el gobierno de Marcelo Ebrard que nos dejó sin trabajo”, comenta el matrimonio con el que vivió.

Cuando Enrique se vio en la calle, pero sin chance de colocar su puesto de mercancías, acudió a una feria del empleo organizada por Sanborns. Corrió con suerte. Fue aceptado y el 14 de noviembre de 2007 se hizo cargo del mostrador de aparatos de sonido en la sucursal de Buenavista, a unos pasos del Museo del Chopo y de la sede nacional del PRI. Nada sabía de electrónica, pero tiene habilidad para aprender rápido sobre lo que sea.

En septiembre de este 2008, la sucursal fue asaltada. La investigación interna detectó que Enrique había mentido y proporcionado datos falsos de su domicilio, además de que el día del robo faltó al trabajo. No se le indagó penalmente, pero la empresa lo despidió por falta de confianza.

Dice otro conocido de Enrique:

“Se enojó, pero se dedicó a buscar trabajo. No encontró nada. Se enojó más. Nunca comentó lo del robo, pero sí que fue injusto el despido. Siempre me pareció inteligente. Aunque ya no sé, después de la pendejada que cometió”.

Y, según la investigación, a finales de ese septiembre propuso a Emmanuel Pérez, un amigo de la infancia, un trabajito: “Qué poca madre, si yo no hice nada. Se las voy a hacer efectiva. Para que hablen con provecho. Vamos a pegarles”.



La noche del miércoles 29 de octubre es fría, como si el invierno secuestrara por algunas horas al otoño. Cinco personas se reúnen a las nueve de la noche afuera del Metro Revolución. El objetivo: asaltar el Sanborns.

El grupo se presenta: Enrique, Emmanuel, Juan, Óscar y Enrique Enríquez, *El Gordo*.

Enrique mete la mano a la bolsa de la sudadera con bolsas al centro y muestra su pasamontañas, Emmanuel lleva otro. Juan, Oscar y *El Gordo* entrarán como clientes a las 12:30, pasada la media noche, cuando imaginan que la caja fuerte del Sanborns Buenavista estará llena con el dinero del día.

Será un robo fácil. Poca gente a la que someter. Saben a qué hora cierra la caja. Tráfico casi inexistente alrededor de la sucursal frente al PRI nacional.

–Necesitamos un vehículo. Necesitamos más personas –le había dicho un día antes Enrique a Emmanuel, quien incluyó en el plan a Oscar Reyes, conocido mutuo, y a Juan Huerta y a *El Gordo*, a los que Enrique daría la mano por primera vez la noche del asalto.

Este día Enrique ha dejado el estilo vaquero y se disfraza de bandido. Viste pantalón comando negro, una playera negra estampada con la palabra “virus”, como si estuviera grafiteada y, debajo de ésta, otra roja de manga larga. Calza botas negras de policía y presume un pasamontañas.

Emmanuel, pasado de peso y el cabello relamido hacia atrás, lleva otra capucha que se acomoda a manera de gorro.

Sólo falta pasar por la camioneta a la colonia Santa María La Ribera. Caminan por Ribera de San Cosme y doblan en la calle de González Martínez. Avistan una camioneta Econoline blanca con franjas azules y placas de Tamaulipas, propiedad en apariencia del patrón de uno de ellos.

Suben y dejan atrás las torres metálicas del Museo Universitario. Revisan la herramienta para forzar la caja de seguridad: un esmeril y dos

alicatas de un metro y 80 centímetros que Enrique ha comprado días atrás en Tepito. También las pistolas, todas escuadras negras de nueve milímetros.

“El líder” garabatea un muy resumido croquis del sitio y entre todos detallan el plan.

Quince minutos después se sienten seguros y, aún temprano, matan, es un decir, tres horas de tiempo alrededor de los decorados arabescos del Kiosko Morisco de la Alameda de Santa María La Ribera.

Después de la medianoche, se dividen: Juan, Oscar y *El Gordo* suben a la camioneta. Manejan pocos minutos. Toman la calle de Amado Nervo y dan vuelta en Mariano Azuela, paralela a Insurgentes y única entrada a esa hora al Sanborns.

Ingresa al estacionamiento y reciben el boleto del empleado de caseta. Caminan hacia la puerta de vidrio y siguen al restaurante, contiguo al bar, vacío a esa hora.

Al mismo tiempo, Enrique y Emmanuel caminan a la esquina de Insurgentes y Amado Nervo. Esperan una llamada.

Los otros tres ya están sentados. Han pedido algo de comer. Oscar se levanta de la mesa y camina hacia la cocina, cerca del área de monitores. Encuentra la cámara de vigilancia que enfoca el comedor y la desvía hacia la farmacia. Marca de su teléfono celular a Emmanuel.

–Ya está lista. Entren –dice en voz baja.

Enrique y Emmanuel se colocan los pasamontañas. Caminan aprisa hacia Mariano Azuela y siguen el muro de altas paredes pintadas de rojo vino. A la derecha, los pocos clientes del Bar Tito’s ven correr a dos sombras.

A las 12:45 de la noche, intentarán un robo histórico en la ciudad de México. Nadie antes había asaltado un negocio de ese tamaño tomando rehenes.



El único policía de guardia en el Sanborns Buenavista es un hombre de redondo vientre llamado Ángel Dorantes. Está adscrito a la Policía Auxiliar y su foja registra 16 años de servicio y 55 de edad.

A la medianoche del 29 de octubre le faltan nueve horas para salir de su turno. A la mañana siguiente piensa ayudar a Cira, su mujer, con algunas tareas del hogar, en Acolman, estado de México. Trotará unos dos kilómetros y descansará el resto del día hasta el siguiente, en que debe presentarse en la tienda de Insurgentes.

Cansado, hace el último recorrido por la tien-

# NOCHE DE PERROS EN BUENAVISTA



da. Faltan 15 minutos para la una de la mañana y para el cierre del negocio. Se enfila a la entrada tres, la única abierta a esa hora. Desde el estacionamiento, Enrique y Emmanuel observan la amplia silueta y corren hacia él.

El policía escucha por detrás las pisadas aceleradas. Siente dos hombres sobre su cuerpo. Emmanuel lo sujeta por el cuello y lo aprieta contra su pecho. Enrique toma el revólver de Ángel, un .38 especial, lo levanta sobre su cabeza y azota la cacha arriba de la ceja derecha.

—¡Cálmate! No venimos por ti —dice uno de ellos.

—¡Está bien! ¡Ya, ya, ya! ¡Me chingaron! —se dobla el policía. El aire desaparece.

cinco policías los que fueron detrás de ellos. La persecución duró más de una hora, hasta que los asaltantes se internaron en un fraccionamiento del rumbo. Intercambiaron disparos y rindieron a los ladrones.

Pero en esta medianoche, Ángel ha sido llevado a empellones al interior del negocio que cuida, desarmado y golpeado con su propia pistola, engeguceado por su propia sangre y el mareo.

Avanzan los dos hombres encapuchados. Emmanuel recuerda que hay un encargado de la caseta y lo amaga.

Siguen a la entrada, cuando se topan de frente a una mujer, Irma Guerrero y el capitán del ejército Javier Solís. Los encañonan y entran.



Ángel trabaja en el Sanborns Buenavista desde enero de 2008. Se hizo policía cuando la fábrica en que trabajaba cerró y se quedó con ocho niños regados en todos los grados escolares. La opción que tuvo fue pedir trabajo en Seguridad Pública y lo consiguió.

Su pequeña gloria llegó durante otro asalto, años atrás e, irónicamente, también a un Sanborns. Aquella vez también fueron cinco los asaltantes que entraron a la sucursal de Lindavista y

Enrique mira de reojo el departamento de audio y video, en el que trabajó 10 meses hasta que, injustamente según él, lo acusaron de robo.



Su irrupción fue explosiva:

—¡Ponme a todos en el piso! —ordena Enrique a Oscar.

Ahí, Enrique reconoce a Rosario, la mesera. Y a todas sus compañeras: a la cocinera que siempre tiene cara de desvelada; al gerente encargado que

no deja de tartamudear susurros para sí mismo. A la de perfumería y al de la farmacia. Observa a unos pocos clientes, incluido uno de traje oscuro, que luego se sabrá es un empleado de banco llamado Octavio Cepeda.

“Uno, dos, tres, cuatro, cinco...”

Suman: tienen a 24 rehenes, la mayoría empleados de la tienda y el restaurante. Y a todos ellos Emmanuel les ordena:

–¡Las manos a la nuca!

Óscar, el más joven y vestido de negro; El Gordo, con camisa de cuadros pequeños, y Juan, de cabello largo, playera verde con azul y pants rojo, se les unen. Enrique se acerca a ellos y les susurra:

–No traen los pasamontañas, pendejos.

Sostiene la pistola negra al frente. Esa nueve milímetros en la que tiene depositada su venganza. Los otros sacan las suyas de entre las ropas.

–¡Nadie se mueva, hijos de la chingada! –grita Emmanuel al otro lado de las mesas.

Curioseas con el revólver y decides asegurarse que la pistola del policía esté bien cargada. Abre el tambor. Levanta el arma apuntando al techo por encima de su cabeza encapuchada y se asoma por los agujeros.

Inexperto al fin y al cabo, las balas se resbalan, le caen encima. Apresurado, confundido, las busca en el piso, las recoge y las mete en una bolsa del pantalón. En la otra se guarda el revólver. Piensa que es mejor continuar con la escuadra.

Recuerdas que ahí se encuentra Ángel, el policía.

–¡Tú también al piso, cabrón, con la cara al suelo! –le ordena. Pero el hombre sólo atina a dejarse caer en una silla. Jadea. La cara está ensangrentada.

Los ladrones se miran entre sí.

–¡Al suelo! –le repiten, pero la voz es baja. Ángel se arrellana en el piso.

Emmanuel desiste y opta por esculcar los bolsillos de las personas en el suelo. Saca otro pasamontañas para que ahí se depositen carteras, relojes y celulares. Enrique mira el reloj: la una de la mañana.

Enrique y Emmanuel resuelven que es mejor distribuir a las personas. Sin saberlo, se convierten en secuestradores. Toman a media docena de rehenes y los llevan hacia una puerta imperceptible, en el límite de la librería y la pastelería, repleta de pan de muerto.

Pasan el umbral y sienten de golpe el olor de la carne refrigerada. Siguen hacia una escalera blanca y dan vuelta en el descanso, coronado

por una Virgen de Guadalupe cubierta por una cortinilla.

Continúan hacia el pasillo de bodegas y servicios. Meten a las personas al vestidor del personal, un cuarto de cuatro metros de lado por otros cuatro de ancho.

Les sujetan las manos por la espalda con cinta canela. En los lockers, junto a la bodega de artículos nuevos, Emmanuel deja el botín logrado hasta ese momento: 12 mil pesos en billetes y aparatos electrónicos usados.

Alguien revisa a Ángel. Lo toma por el codo y lo lleva al vestidor del primer piso. Le quitan el chaleco antibalas. En el cuarto diminuto es arrinconado con media docena de empleados. Nadie habla. Sollozos. Bocabajo, sus corazones amartillan el piso.

El Sanborns de Buenavista es de los cinco ladrones. O eso piensan ellos.

En la enorme tienda, desconocida para casi todos los asaltantes, dos empleados se ocultan tras aparadores, bajo las mesas. Uno de ellos se arrastra hasta alcanzar el bar, contiguo al restaurante, vacío como siempre, y toma el teléfono.

Marca el 060, número de emergencia.



La caja fuerte fulgura, como si fuera fosforescente. Enrique, Juan y *El Gordo* se acercan.

–¿Y las herramientas? –pregunta Enrique.

Craso error.

–Pues en la camioneta, güey –le dice *El Gordo*, buscando justificar su olvido.

–¿Y si mejor la abrimos a patadas? –propone Enrique. Lo escuchan algunos empleados, cada vez más confundidos. No saben si bromea.

–Qué pendejos. Mejor vayan por las cosas –pide a Juan y a *El Gordo*.

Camina 25 pasos entre los anaqueles cuando se detiene súbitamente a pocos metros de la ventana de vidrio.

Sus gruesas mejillas se sacuden, sus rodillas casi se quiebran y sus ojos revientan: no hay punto en el universo visible en que no haya un cañón apuntando a su cabeza.

Las piernas se le hacen de plastilina. Las aprieta, da media vuelta y como nunca corre, corre, corre hacia el restaurante.

Decenas de policías judiciales, preventivos y del grupo especial de Seguridad Pública entran en estampida.

Emmanuel y Juan se envalentonan. Ordenan a las 17 personas que ahí tienen arrastrarse a la entrada del restaurante.

# NOCHE DE PERROS EN BUENAVISTA



Toman a Rosario, una mesera, y la bajan a tropezones por los cuatro escalones que dividen el bar y el restaurante del resto de la tienda.

La mujer, vestida de tehuana, queda con la cara hacia el estante de bisutería: canicas de plástico imitación perlas, piedras pintadas de verde que simulan jade, pedazos de vidrio cortados como diamante.

Emmanuel tuerce el brazo izquierdo de Rosario hacia la espalda, el mismo que meses antes se le había fracturado. La mujer escucha nuevamente el crujido de su hueso. Crack. El alarido llena la tienda.

*El Gordo y Oscar* se alarman, toman previsiones y, en silencio, se acuestan boca abajo, junto a los rehenes. Como si ellos también lo fueran.

Los otros actúan distinto. Juan se lleva las manos al pelo. Emmanuel busca en qué parte de la lengua se le atorán las palabras. Bajan y suben

quiera están las máscaras de hule y las calabazas de Halloween, a pocos días de ser reemplazadas por las de Santa Claus.

Da dos o tres pasos al frente. Se rasca la cabeza cubierta de tela negra. Juan, más pequeño y delgado, intenta colocarse detrás. Apunta el arma a Rosario.

–¡Por favor, no, por favor! –solloza Rosario.

–Suéltalos y vamos viendo –repite un policía preventivo. Los ladrones deciden levantar no a dos, sino a tres mujeres.

–Ahí tienes, dame el arma –exige Emmanuel al agente del ministerio público. Se humedece la lengua. Ladea la cabeza.

Algo observa entre los policías que lo hace caminar de nuevo hacia el frente. Juan lo mira azorado. Cuando trata de regresar, un policía le sujeta por el cuello justo como él hiciera una hora antes con Ángel.



Levanta el arma apuntando al techo por encima de su cabeza. Inexperto, las balas se resbalan, le caen encima. Apresurado, confundido, las busca en el piso, las recoge y las mete en una bolsa del pantalón

las armas. Apuntan a los policías. A los rehenes. Apuntan a un policía, a otro.

Ahí, en la tienda, parapetados entre los estantes, 50 policías prestos a atacar. Esperan la orden.

Enrique se escabulle a la pastelería.

Mientras, Emmanuel propone un canje:

–Les doy dos personas si me dan un arma –dice, aún encapuchado. Apenas se le escucha.

–¡Entrégate, pendejo! –le dice un jefe de la policía preventiva.

–¡Los mato, me cae de madre que los mato! –grita Juan. La pistola tiembla.

–¡Te doy dos cabrones! –repite Emmanuel.

Entran entonces el jefe de grupo de la judicial en Cuauhtémoc, Juan Morales; el agente del ministerio público en esa delegación, Pascual Mota, y el secretario de esta misma oficina, Oscar Arteaga.

–Tranquilo, nosotros somos del ministerio público y te aseguramos que no pasa nada –habla Arteaga por primera vez.

Emmanuel se acerca a los policías. A su iz-

Juan no termina de seguir la caída de su compañero cuando levanta las manos en rendición y cae embestido por otros tres policías. Éstos optan por dar a todos los presentes trato de secuestrados y no de secuestrados.

Pero antes de salir del Sanborns, en la fila de 20 detenidos, alguien grita: “Esos cabrones también son asaltantes”.

*El Gordo y Oscar*, que pretendían pasar como víctimas, son señalados por decenas de dedos y, enseguida, por los cañones de pistolas.

La noche se ha hecho negra. Enrique hurga, pase su mirada por acá y allá, busca una salida. Cree que su única oportunidad está en seguir con el grupo de secuestrados del primer piso. A zancadas, sube la escalera.

En el vestidor, el policía Ángel calcula que han sido 20 minutos de taquicardia, adrenalina y de ese pinche dolor en las manos entrelazadas en la nuca. Piensa en Cira y en sus ocho hijos.

Cuatro asaltantes han sido detenidos. Sólo quedan Enrique y su venganza.



Largos, eternos minutos son rotos por el grito de Enrique:

-¡Quiero un arma! -exige con el amparo que le dan los rehenes que le quedan.

-¿Cuántas armas tienes? -pregunta un policía preventivo de apellido Rueda.

-Una. Mándame otra arma, pero cargada.

-¿Para qué quieres el arma? -preguntan con sorpresa del otro lado

-¡Mándamela, cabrón! -la voz es una liga cerca de reventar.

-¿Cuántos niños tienes?

-Ninguno, no hay niños. ¡Que me des el arma!

-¿Tienes mujeres?

-¡Sí, cabrón, sí hay mujeres! ¡Dame la pinche pistola! -dice y estalla.

Enrique se da cuenta que Ángel sangra y le dice que se vaya. Tambaleante, el policía baja por las escaleras. En la ambulancia se encuentra con Rosario y su brazo roto y a otras dos mujeres en medio de una crisis nerviosa. Él tiene el cuello maltrecho y necesita cuatro puntos de sutura en la frente.

Morales, Mota y Arteaga suben por la escalera. Después de un pasillo corto encuentran algunos cuartos y una vuelta que lleva hacia la azotea; otra da a un pasillo de 10 metros de largo con cuartos al lado y al vestidor en donde aún están bocabajo cinco personas.

La sexta persona es Octavio Cepeda, un empleado bancario convertido en el escudo de Enrique. Al verlos en el pasillo, el asaltante aprieta más la nueve milímetros contra la cabeza de Octavio.

Todos saben que son instantes decisivos. Que no hay vuelta atrás.

-¡Quiero una pistola cargada! -insiste Enrique.

-¡Dame tu arma! -se dirige a Arteaga.

-No tengo arma -responde y muestra sus manos con varios anillos y una esclava de oro-. Soy secretario del ministerio público.

-Yo soy el ministerio público. Vamos a cuidar que no te hagan nada -interviene Mota.

-¡Dame el arma! -repite su mantra el asaltante.

-¿Cómo te llamas? -pregunta Arteaga-. ¿Cómo quieres que te diga? ¿Pancho? Te digo Pancho. Déjalos ir, Pancho.

-¡Me voy a matar, me cae de a madres que me voy a matar! -y sacude a Octavio Cepeda.

Si el dedo tiembla tanto como la muñeca, piensan Mata y Arteaga, el cerebro de ese hombre estará en la pared en cualquier momento.

-¡Quiero verlos! -pide Enrique. Los tres hombres vestidos de civil se acercan y se abren los sacos, se exhiben desarmados.

-Quiero salir a la azotea -desliza Enrique.

-Tranquilo, flaco. Es un robo. Nadie ha muerto, no hay lesionados. No hagas la bronca más grande. Suelta a la gente. Tienes mujeres. ¿Qué vas a hacer en la azotea? No hay nada. ¿Aventarte? -sigue Arteaga.

La opción de aceptar la exigencia de Enrique de salir a la azotea es viable. La puerta está abierta y desde el pasillo se observa despejada. Pero hay varios policías pegados a la pared. Ese es un problema. Al salir, se le dispararía al asaltante de lado y casi a quemarropa.

-¿Qué necesitas para soltar rehenes? -vuelve a plantear Arteaga.

-No ver francotiradores -dice Enrique suponiendo que alguien podría apuntarle. Tiene razón. Momentos antes de que los funcionarios subieran, Mota se puso de acuerdo con un policía especializado. A su indicación, entraría y lo mataría.

-Muy bien -dice Mota y llama al francotirador, que aparece con las manos vacías, pero con arma oculta en una pierna. El ministerio público le ordena que salga.

Enrique acepta. Nunca pensó que llegaría hasta ahí. La presión comienza a aflojarlo. Y ante el retiro del francotirador corresponde: permite la liberación de los secuestrados.

Deja salir a todos, menos a Cepeda. Lo lleva de un lado a otro. Hace una nueva petición:

-¡Mátenme! ¡O yo voy a matar a este cabrón!

El comandante Víctor Hugo Moneda, un hombre con 24 años encima como judicial del Distrito Federal y devoto del ajedrez, atraviesa la nube de policías. Siente la mano pegada a la cacha de la .38 súper y sube por la escalera hacia el almacén hasta dar con el largo pasillo donde se ha parapetado Enrique.

Intenta mirar a través de la rendija de tela que deja al descubierto el ojo derecho de Enrique, pero no alcanza a ver nada.

En la penumbra, sólo presiente lo que supone es el kilo de acero negro y plomo apretado contra un hombre: la Baretta nueve milímetros. Esa pinche pistola de la que pende una vida, o dos.

La de él mismo quizá.

-¡Me hacen algo y mato a este hijo de la chin-

# NOCHE DE PERROS EN BUENAVISTA



gada! –habla de nuevo Enrique, con la capucha negra y la pistola en la mano.

–¡Ayúdenme, ayúdenme! –gime Cepeda.

–¡Cállate, hijo de la chingada! –dice y empuja más la pistola contra la cabeza.

–Si me agarran me mato y mato a este güey, me llevo a quien sea – advierte y se asoma detrás de Octavio Cepeda, fugazmente se apunta a la cabeza.

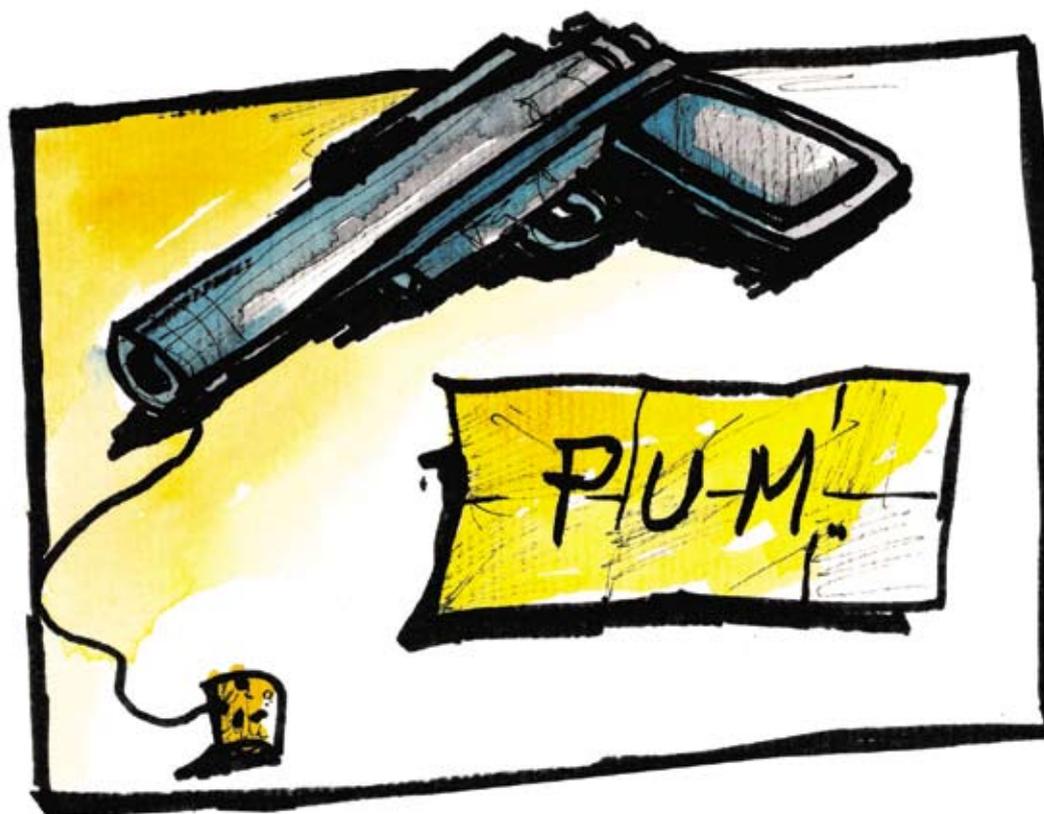
Están a cinco metros de distancia.

Moneda mide la desventaja: cubierto por

El tiroteo sería complicado: sólo dos armas, la suya y la de Enrique, esa pinche arma que mantiene a todos a raya en un pasillo angosto, con los funcionarios del ministerio público de su lado y el rehén del otro.

Cuatro, cinco muertos es una posibilidad real.

El policía concluye que con el rehén de por medio no puede disparar. Nunca había estado en una situación en que estuviera impedido para hacer fuego.



el cuerpo del rehén, el asaltante es quien puede disparar. El policía, único armado en el pasillo, entiende que la iniciativa no es suya.

–¡Qué pendejo fui! ¿Quién les avisó? ¡Putá madre! –se lamenta Enrique.

Moneda mide, calcula, resuelve: el oponente es demasiado novato y se ha vuelto más peligroso por ser impredecible. En cualquier momento, puede disparar a la nuca del hombre de traje que no deja de temblar, y luego evitar la prisión suicidándose. Tal vez peleando hasta el final y disparando a los funcionarios y a él.

–No has matado a nadie. Todo se puede arreglar, tenemos todo el tiempo del mundo. Todo se puede arreglar, no tengo prisa, aquí nos podemos pasar toda la noche –habla Moneda, de frente al hombre de la capucha negra.

–Ya cálmate, yo no soy policía, nadie te va a tocar –complementa Arteaga.

–Él es el ministerio público –insiste y dirige la mirada a Mota. Todos muestran sus credenciales y Moneda opta por enfundar la .38.

–Si quieres yo me cambio por él –suelta Oscar Arteaga desde su metro con 60 centímetros de

estatura y avanza con las manos extendidas a los lados, en forma de cruz.

–¡Cálmate, cálmate! –ordena Moneda al funcionario del ministerio público, alarmado por el súbito acto de heroísmo.

El sudor es una llave que no deja de chorrear en Enrique. Sí, parece que acepta la orden de Moneda. Y anuncia:

–¡Voy a bajar, ahorita voy a bajar! –balbucea el asaltante y da un paso al frente.

Policía y funcionarios se hacen a un lado.

Pero Moneda sabe que no basta con salvar la vida del rehén. Y recuerda la decena de policías judiciales y uniformados escaleras abajo apuntando hacia donde tendría que bajar el secuestrador con un rehén cautivo.

Y sabe que hay cientos de dedos tras los gatillos en la explanada. Y que alguno de ellos, tal vez, estaría lo suficientemente nervioso como para disparar.

–Me voy a bajar, sé que me van a dar una madri-za, sé que me van a madrear. Sí voy a bajar, aunque me chinguen –anuncia Enrique en lo que ya no puede ser una venganza.

–¡Ni madres, cabrón, aquí nos quedamos! –ordena el comandante Moneda a Enrique–. ¡Aquí te tienes que entregar, allá abajo esto termina de otra forma! Entrégate aquí.

–¡¿Quién avisó, quién putas avisó?! ¡Soy un pendejo! ¿Por qué me metí en esta pendejada?–so-llaza el asaltante. El hombre se resquebraja.

–¡Estoy muy nervioso, muy nervioso, me van a chingar! –dice y todos saben que acorralado puede aún ser más. Que el miedo puede empujarlo a oprimir el gatillo de esa Baretta.

Oscar Arteaga busca en la bolsa del pantalón la caja de Marlboro rojos, el encendedor y los lanza a los pies de Enrique.

–Yo sé flaco. Cálmate. Nadie te va a tocar. Fúmate un cigarro –dice Arteaga con voz suave–. Deja al rehén, yo me entrego contigo.

–¡Me van a madrear, sé que me van a partir mi pinche madre!

Se acucilla, saca un cigarro y lo enciende. Da apresuradas bocanadas, jadea a través del filtro.

Y en la derrota, busca su última salida:

–Mátenme ya –dice sin siquiera alzar la voz, que para entonces se ha convertido en un terrón quebrado que parece no ir dirigida a los policías. Habla en una especie de susurro. Como si se dirigiera a sí mismo.

–Del reclusorio sales, pero del hoyo no –suelta Mota.

Están a tres metros de Enrique. Funcionarios y policía hablan en turnos.

Pero aunque Enrique ha lanzado su rendición la pistola sigue ahí, en la cabeza de Octavio, que gime una y otra vez.

–Yo me entrego contigo, déjalo ir –reitera Arteaga y vuelve a abrir los brazos.

Avanza hacia él. Enrique echa la cabeza hacia atrás, se saca la capucha. Escurre el sudor de su cara, los ojos son dos telarañas rojas.

–Ya entrégate, güey, aquí te apoyamos. Yo soy comandante de la Policía Judicial –propone Moneda.

–Él es el secretario –y dirige la mirada a Arteaga–. A él le toca declararte, ya baja la pistola.

Extenuado, vencido y sin venganza alguna, Enrique arroja la colilla. Está por bajar la pistola, la Pietro Beretta que lo ha acompañado toda la noche. La pistola con la que buscaba cobrarse lo que dice que le hicieron. La nueve milímetros que adquirió en Tepito y que ha sido su acompañante esta noche. La pistola que durante horas mantuvo a raya a la policía.

Todavía con ella en la mano habla:

–No le quería hacer daño a nadie. Sólo fui un pendejo –confiesa.

–Está bien, flaco, en verdad sales de ésta –le promete Arteaga.

A punto de rendirse, todavía pone una condición:

–No quiero que me reconozcan afuera. Yo trabajé aquí, por favor no dejen que me reconozcan. Ya me di, dejen ponerme el pasamontañas –suplica.

Busca aire. Mira al techo. Duele el antebrazo de tanto apretar la pistola. Empuja con el cañón la cabeza de Cepeda.

–Ya estás dado, déjate caer. Ponte tu capucha.

Arteaga casi lo puede tocar. Enrique se cubre la cara por última vez. El secretario se acerca y lo sujeta. Enrique le entrega el arma. Moneda se acerca y toma la Pietro Beretta.

No lo puede creer. La noche aún le depara una sorpresa. La siente liviana, como si flotara. Es un arma con todas las formas, los grabados, el diseño y la línea de cualquier Pietro Beretta.

Una nueve milímetros de punta a punta.

Pero ya en sus manos, Moneda sabe que esa arma, como todas las que usaron esa noche los asaltantes, es falsa.

–¡Es de juguete! –suelta Moneda, quien luego sabría que la única arma real que tuvieron los asaltantes fue la del policía Ángel, la misma que Emmanuel vació sin querer en el restaurante del Sanborns esta noche.

Una noche de perros.¶

# NOCHE DE PERROS EN BUENAVISTA



## Epílogo

Minutos después de que el episodio acabó, Enrique Mejía Bello identificó en el ministerio público a sus. “Este no fue, esa nada tuvo que ver. Ese sí, éste también”, dice con aire aliviado apuntando con el dedo a su amigo de la infancia Emmanuel Pérez Sánchez, a su conocido Oscar Reyes.

También a Juan Huerta y Enrique Enríquez, los otros asaltantes de ocasión a quienes conociera cinco horas atrás.

El 4 de noviembre, los cinco iniciaron su proceso formal de prisión en el Reclusorio Norte, acusados de robos calificados diversos, tentativa de robo en agravio del establecimiento



mercantil y secuestro. Tal vez se les sume el delito de lesiones. Podrían recibir una pena de decenas de años en prisión.

Roberto, el padre de Enrique, sacó las pocas cosas que su hijo tenía en el departamento de Callejón del 57, incluido un libro de Carlos Fuentes. Su historia fue con-

tada por conocidos y empleados del Sanborns que pidieron no publicar su nombre, por Víctor Hugo Moneda Rangel, comandante en jefe de la Policía Judicial; Pascual Enrique Mota, agente del ministerio público en Cuauhtémoc; Oscar Arteaga, secretario del ministerio público, y Ángel Dorantes, el policía auxiliar.

## Semana de la Salud 2008

Por primera vez en México el Gobierno del Distrito Federal aplicará de manera gratuita la vacuna para combatir el Virus del Papiloma Humano

- Se vacunará a niñas de 11 a 13 años de edad para prevenir el contagio
- La vacuna consta de 2 dosis para un total de 105 mil niñas que no cuentan con ningún tipo de seguridad social
- La aplicación iniciará este 1º de diciembre
- En 109 Centros de Salud
- Al concluir esta administración se espera atender a más de 200 mil niñas

Con esta campaña el Gobierno de la Ciudad de México, en servicios de salud, se ubica a nivel de países europeos como Italia, Inglaterra, España, Grecia y Alemania, donde esta vacuna es obligatoria y gratuita.

**SALUDF**

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso del programa para fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa ante el Tribunal Federal será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.



Tu salud nos mueve